

PREMIO NOBEL  
DE LITERATURA 1999

ALFAGUARA

Günter Grass

Encuentro en Telgte



ALFAGUARA



Günter Grass

Encuentro en Telgte

Traducción: Genoveva Dieterich

SÍGUENOS EN  
**me gustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## 1

Ayer será lo que ha sido mañana. Nuestras historias de hoy no tienen que haber sucedido ahora. Ésta comenzó hace más de trescientos años. Otras historias también. Desde tan lejos viene cualquier historia que tenga lugar en Alemania. Anoto lo que sucedió en Telgte, porque un amigo, que en el año 47 de nuestro siglo reunió en torno suyo a sus pares, va a celebrar su setenta cumpleaños; pero es más viejo, mucho más viejo —y nosotros, sus amigos de hoy, somos todos con él vetustos desde entonces.

Lauremberg y Greflinger vinieron a pie desde arriba, de Jutlandia, y desde Regensburg; los otros, a caballo o en carreta. Mientras unos navegaban río abajo, el viejo Weckherlin tomaba la vía marítima desde Londres a Bremen. Viajaron desde lejos y desde cerca, desde todas las comarcas. Un comerciante, tan acostumbrado al plazo y a la fecha como a la ganancia y a la pérdida, se hubiera asombrado ante el puntual empeño de los hombres del simple acontecer literario, sobre todo teniendo en cuenta que las ciudades y los campos estaban aún o de nuevo assolados, cubiertos de ortigas y cardos, despoblados por la peste, y que todos los caminos eran inseguros.

Por eso Moscherosch y Schneuber, que habían hecho el viaje desde Estrasburgo, llegaron a la meta convenida desvalijados (con excepción de sus bolsas de manuscritos, en nada útiles a los salteadores): Moscherosch, risueño y enriquecido con una sátira más; Schneuber, quejándose e imaginando ya los horrores del camino de vuelta. (Su trasero estaba dolorido de los golpes recibidos con espada plana.)

Czepko, Logau, Hoffmannswaldau y otros silesianos llegaron sin daño cerca de Osnabrück, porque asegurados

con un salvoconducto de Wrangel se habían unido una y otra vez a unidades suecas, que buscaban forraje muy adentradas en Westfalia; pero sintieron como en carne propia los espantos de las requisiciones, en las que a ningún pobre diablo se le preguntaba por su confesión. Las objeciones no detenían a los jinetes de Wrangel. El estudiante Scheffler (un descubrimiento de Czepko) a punto estuvo de perder la vida en Lusacia, porque defendió a una campesina, que iba a ser empalada delante de sus hijos, como poco antes lo fuera el campesino.

Johann Rist vino del cercano Wedel, a orillas del Elba, por Hamburgo. Un coche de viajeros trajo de Lüneburg al editor Mülben de Estrasburgo. El camino más largo, desde el Kneiphof de Königsberg, y también el más seguro por ir en el séquito de su príncipe, lo tomó Simón Dach, cuyas invitaciones habían provocado toda esta conmoción. Ya el año anterior, cuando Friedrich Wilhelm de Brandemburgo se prometió con Luisa de Orange y se le permitió a Simón Dach recitar en Amsterdam su poema laudatorio, fueron redactadas las numerosas cartas de invitación con la descripción del lugar del encuentro, y se había procurado su envío con la ayuda del príncipe elector. (En numerosos casos los agentes que actuaban por todas partes se encargaron, como intermediarios, del correo.) Así le llegó a Gryphius su invitación, a pesar de que desde hacía un año viajaba por Italia y luego Francia con el comerciante de Stettin Wilhelm Schlegel; en el camino de regreso (en Speyer) le fue entregada la carta de Dach. Puntualmente se presentó, trayendo consigo a Schlegel.

Puntualmente llegó de Wittemberg el maestro en lenguas Augustus Buchner. Después de rechazar la invitación varias veces, acudió con puntualidad al lugar señalado Paul Gerhardt. Filip Zesen, al que el correo dio alcance en Hamburgo, se presentó con su editor, procedente de Amsterdam. Nadie quería faltar a la cita. Nada era capaz de retener a los poetas, ni siquiera el servicio en la enseñanza, el estado o la corte, al que casi todos se debían. Los que como Greflinger no hallaron protector llegaron a la meta im-

pelidos por el tesón. Y al que su amor propio impedía ponerse en marcha a tiempo le movilizaba la noticia de que otros ya estaban de viaje. Incluso los que se miraban con hostilidad, como Zesen y Rist, deseaban encontrarse. Más inagotable que su burla sobre los poetas reunidos era la curiosidad de Logau ante el encuentro. Los círculos locales de los escritores eran demasiado estrechos. Ningún asunto fastidioso, ningún amorío entretenido podía atarles. Algo les impulsaba a reunirse. Además, por doquier crecía la inquietud y la búsqueda mientras se discutía la paz. Nadie quería quedarse aislado.

Pero tan hambrientos de intercambios literarios como estos señores habían seguido la invitación de Dach, tan rápidamente se sumieron en el desaliento, cuando en Oesede, una aldea cerca de Osnabrück, donde había de tener lugar el encuentro, no se halló hospedaje. La «Posada del Caballo Negro» prevista por Dach había sido ocupada —a pesar de la oportuna reserva— por el séquito del consejero de guerra sueco Erskein, que hacía poco había presentado al Congreso las exigencias de los ejércitos de Wrangel, imponiendo así nuevas cargas a la paz. Las habitaciones que no estaban ocupadas por secretarios de regimiento y oficiales del conde de Königsmarck estaban repletas de legajos. La gran sala, en la que los literatos iban a reunirse a celebrar la anhelada asamblea, a leer sus manuscritos, había sido convertida en almacén de provisiones. Por todas partes holgazaneaban jinetes y mosqueteros. Emisarios salían, entraban. Erskein no recibía. Un preboste al que Dach presentó la reserva escrita de la «Posada del Caballo Negro» sucumbió a las carcajadas contagiosas de los hombres que le rodeaban, cuando Dach pidió que la caja sueca le devolviera la cantidad adelantada. Dach volvió, bruscamente despedido. Los tontos fuertes. Su vaciedad acorazada. Su risa hueca. Ningún caballero sueco conocía los nombres de los poetas. Como mucho les permitieron descansar en el pequeño comedor. El posadero aconsejó a los poetas viajar hacia Oldemburgo, donde había de todo, incluso alojamiento.

Ya pensaban algunos en seguir adelante, los silesianos hasta Hamburgo, Gerhardt de vuelta a Berlín, Moscherosch y Schneuber, acompañados de Rist, hacia Holstein; Weckherlin ya quería tomar el primer barco a Londres, casi todos amenazaban, no sin hacerle reproches a Dach, con suspender el encuentro; Dach —que normalmente era la serenidad en persona— dudaba de su empeño, y los escritores esperaban con sus bultos en la calle sin saber a dónde ir, cuando llegaron —a tiempo, antes de que anocheciera— los de Nuremberg: Harsdörffer con su editor Endter y el joven Birken; les acompañaba un muchachote barbirrojo, llamado Christoffel Gelnhausen, cuya juventud desgarbada —tendría alrededor de veinticinco años— estaba en contradicción con su rostro marcado de viruela. Con su jubón verde bajo el sombrero de plumas, parecía salido de un cuento. Alguien dijo: a ése le engendraron los soldados de Mansfeld al pasar. Pero se demostró que Gelnhausen era más real que su apariencia. Mandaba un destacamento de jinetes y mosqueteros imperiales, que acampaban en las afueras del lugar porque la zona de las ciudades del Congreso de Paz habían sido declaradas neutrales y habían sido prohibidas todas las acciones de guerra entre los contrincantes.

Cuando Dach explicó a los nurembergueses la desgracia de los poetas y Gelnhausen ofreció inmediatamente su ayuda con palabras llenas de circunloquios y metáforas, Harsdörffer condujo a un lado a Dach: aunque el muchacho aquel divagaba como un astrólogo viajero —en efecto, se había presentado a la concurrencia como el predilecto de Júpiter, al que Venus, como podía verse, había escarmentado en tierras gabachas—, estaba dotado de ingenio y era más leído de lo que hacía suponer su chifladura. Además, el tal mozo servía de secretario de cancillería en el regimiento de Schauenburg, estacionado en Offenburgo. En Colonia, adonde habían viajado desde Würzburgo en barco, Gelnhausen les había sacado de apuros, cuando Endter intentó pasar clandestinamente una partida de libros. Afortunadamente Gelnhausen consiguió librarles con su verbo-

rea de la sospecha clerical de «actividades heréticas». Inventaba mejores cuentos que los que se escriben. Su labia hacía callar a los jesuitas. Tenía a mano a los padres de la Iglesia, pero también a todos los dioses y sus astros. Conocía las entretelas de la vida y además andaba por todas partes como por su casa: en Colonia como en Recklingshausen y en Soest. Seguramente les podría ayudar.

Gerhardt advirtió que no les convenía asociarse con los imperiales. Hoffmannswaldau estaba asombrado de que el mozo hubiera recitado hacía un momento unos versos de la traducción de la *Arcadia* de Opitz. Moscherosch y Rist, al menos, querían escuchar las propuestas del secretario de regimiento, sobre todo porque Schneuber de Estrasburgo había hecho algunas indagaciones locales interesantes sobre la guarnición de Offenburgo, confirmadas a su vez por otros chismes de barbería.

Por fin Gelnhausen obtuvo permiso para explicarse ante los señores reunidos pero desesperadamente expuestos a la intemperie. Sus palabras fueron tan creíbles como el brillo de los botones de oro que adornaban en doble fila su jubón verde: como primo de Mercurio, y tan diligente como éste, debía ir de todos modos a Münster, para llevar por orden de su señor, que servía como coronel a Marte, noticias secretas al señor Trauttmannsdorff, al que el agreste Saturno había cebado con sabiduría, como máximo negociador del Emperador que era, para que por fin hubiera paz. Habría unas 30 millas de camino. Con luna casi llena. Por terreno plano. Se pasaba entonces, a no ser que los señores quisieran ir al clerical Münster, por Telgte, un pequeño y acogedor lugar, que, aunque empobrecido, se había conservado intacto porque se había sacudido de encima a los de Hesse y no se cansaba de alimentar las cajas del regimiento de Königsmarck. Y como Telgte era de antiguo un lugar de peregrinación, les conseguiría allí alojamiento a los señores en peregrinación literaria. Desde su juventud había aprendido a procurar alojamiento a toda clase de dioses.

El viejo Weckherlin quiso saber por qué, siendo evangélicos, merecían tanto favor imperial, al fin y al cabo Gelnhau-



sen llevaba información urgente al partido clerical; a lo que el secretario de regimiento contestó que a él la religión le importaba poco, mientras le dejaran la suya. Y que, además, su embajada para Trauttmannsdorff no era tan secreta. Todo el mundo sabía que en el campamento del mariscal Turena los regimientos de Weimar se habían amotinado contra la tutela gabacha y se habían dispersado. Esas noticias se le adelantaban a uno y no merecían la prisa. Prefería hacerle un pequeño servicio a una docena de poetas sin habitación, y más —¡por Apolo!— manejando él también la pluma, aunque de momento sólo en la cancillería del regimiento del coronel Schauenburg.

Dach aceptó después de esto el ofrecimiento. Y Gelnhäusen dejó de hablar rebuscadamente y medio en rima, para dar órdenes a sus jinetes y mosqueteros.

## 2

El camino de Osnabrück a Münster, pasando por Telgte, estaba desde el comienzo de las conversaciones de paz, que duraban ya tres años, muy transitado y trotado por los correos, que traían y llevaban del lado católico al protestante o viceversa un farrago, capaz de llenar un archivo, de peticiones, memorias, cartas con las habituales intrigas, invitaciones a fiestas e informes de agentes sobre los recientes movimientos militares que tenían lugar a pesar de las negociaciones de paz. Desde luego las posiciones confesionales no correspondían exactamente a las posiciones militares entre enemigos: así, la católica Francia se había enzarzado —con el beneplácito papal— con España, Habsburgo y Baviera, y los sajones protestantes estaban con un pie o con el otro en el lado imperial. Hacía unos años los suecos luteranos habían atacado a los daneses luteranos. Baviera llevaba secretamente sus regateos por territorios en el Palatinado. A todo esto se añadían las unidades amotinadas o tropas que cambiaban de bando, las contradicciones de los Países Bajos, las lamentaciones de los Estados sajones, la impotencia de las ciudades imperiales, el interés cambiante, pero siempre hambriento de territorio, de los aliados —a causa del cual hacía un año, cuando se negociaba la cesión de Alsacia a Francia y de Pomerania con Stettin a Suecia, los representantes de Estrasburgo y de las ciudades del Báltico entre Münster y Osnabrück habían corrido de un lado a otro tan desesperada como inútilmente—. No era de extrañar, por lo tanto, que la carretera entre las ciudades de la paz se encontrara en un estado que correspondía al curso de las negociaciones y a la situación del Imperio.

En cualquier caso, los cuatro carruajes, tan pronto como los hubo requisado, más que tomado prestados, Gelnhausen, necesitaron más tiempo que el previsto en llevar a los señores sin hospedaje —más de veinte— desde las estribaciones del Bosque de Teutoburgo, por la región de Tecklenburgo, hasta Telgte. Un sacristán se ofreció a acondicionarles provisionalmente un convento de monjas abandonado, cerca de Oesede, donde habían acampado los suecos, pero rechazaron la oferta, porque al edificio medio derruido le faltaba el mínimo confort; sólo Logau y Czepko, que desconfiaban de Gelnhausen, se mostraron partidarios de la solución.

A sus espaldas clareaba ya la noche de verano, cuando Simón Dach pagó el pontazgo por el convoy. Y justo después del puente, sobre el brazo externo del río Ems, pero antes del brazo interior del río, que limitaba la ciudad hacia la Puerta del Ems, Gelnhausen acampó a su manera en la «Posada del Puente», una casa de piedra cubierta de caña, y con tejado de dos vertientes, que surgía de la maleza ribereña y mostraba a primera vista pocos daños de la guerra. Llevó a un lado a la posadera, a la que conocía evidentemente, cuchicheó con ella y se la presentó a Dach, Rist y Harsdörffer como su vieja amiga Libuschka: una mujer, bajo su ungüento para la tiña, ya entrada en años, que se había envuelto en una manta de caballo, llevaba pantalones de soldado, y al mismo tiempo hablaba cultamente y pertenecía a la nobleza bohemia: su padre, dijo, había luchado desde el principio con Bethlen Gabor por la causa protestante; sabía qué honor se le hacía a su casa, y ofrecería, no inmediatamente, pero pronto, habitación a los señores.

Al oírla, Gelnhausen y sus imperiales armaron tal alboroto frente a la cuadra y la posada, en el zaguán y delante de todas las habitaciones, que los perros encadenados casi se ahogan ladrando, y no cedieron hasta que arrancaron del sueño a todos los huéspedes y sus criados. Apenas éstos — que eran comerciantes de la Hansa y se dirigían de Lemgo a Bremen— se hubieron congregado delante de la posada, cuando Gelnhausen les ordenó desalojar la «Posada del

Puente». Apoyó su orden con esta advertencia: quien ame su vida que se mantenga a distancia. Entre los extenuados y, como podía verse, postrados viajeros en y junto al carro, había varios enfermos de peste bubónica, candidatos a la paja de los muertos. Dijo que con su destacamento daba escolta a una calamidad, que debía ser apartada para no turbar las negociaciones de paz, y que él, como médico personal del nuncio papal Chigi, tenía no sólo órdenes imperiales, sino también suecas, de someter a cuarentena al contagioso cargamento. Y al momento y sin discusión, pues de lo contrario se vería obligado a quemar los carros de los comerciantes, mercancías incluidas, a orillas del Ems. La peste —como todos saben y él lo dice como médico, pertrechado con toda la sabiduría de Saturno— no respeta la riqueza; más bien se apodera con saña de los tesoros y con especial gusto acosa con aliento febril a caballeros vestidos con telas de Brabante.

Como los comerciantes exigieran una justificación escrita de su desalojamiento, Gelnhausen esgrimió la espada, llamándola su pluma, preguntó quién quería ser el primero en probarla y dijo que conminaba a los huéspedes de la posada, ya dispuestos a partir, a guardar silencio en nombre del Emperador y sus adversarios sobre el motivo de su súbita partida, ¡por Marte y sus perros furiosos!

Después de esta alocución, la «Posada del Puente» fue despejada con presteza. Jamás se enganchó con tanta prisa. Donde había titubeos, los mosqueteros apremiaban. Antes de que Dach y otros poetas hubieran podido protestar con suficiente fuerza contra la inmoralidad de la artimaña, Gelnhausen les había alojado. Con algunos reparos, pero tranquilizados por Moscherosch y Greflinger, que querían ver enjuiciado el suceso como jocoso incidente, los escritores ocuparon las habitaciones vacías y las camas aún calientes.

Como, además del comerciante Schlegel, varios impresores de Nuremberg, Estrasburgo, Amsterdam, Hamburgo y Breslau habían aceptado como editores la invitación de Dach, se pudo resarcir fácilmente de sus pérdidas a la posade-

ra Libuschka, que aceptó de buen talante a sus nuevos clientes, teniendo en cuenta que los hanseáticos desalojados habían dejado atrás algunas balas de tejido, varias piezas de mesa de plata y cuatro barriles de cerveza negra del Rin.

En la cuadra, que sobresalía lateralmente, se instaló el destacamento de Gelnhausen. Desde el zaguán, entre el pequeño comedor y la cocina, a los que seguía la gran sala, los poetas subieron por dos escaleras al piso superior de la posada. Los espíritus ya estaban menos acongojados. Sólo la elección de las habitaciones provocó una pequeña disputa. Zesen se enzarzó con Lauremberg, después de tener unas palabras con Rist. El estudiante de medicina Scheffler estaba al borde de las lágrimas. A él, a Birken y a Greflinger los acomodó Dach en la paja del desván, al no haber suficientes habitaciones.

Entonces alguien dijo que al viejo Weckherlin le latía el pulso débilmente; Schneuber, que compartía un cuarto con Moscherosch, pedía unguento para sus heridas. Gerhardt y el maestro Buchner querían cada uno una habitación. Hoffmannswaldau y Gryphius, Czepko y Logau se instalaron de dos en dos. Harsdörffer no se separaba de su editor Endter. Rist iba tras Zesen, como Zesen tras Rist, mientras la posadera y sus criadas atendían a los nuevos huéspedes. Libuschka conocía el nombre de alguno de los señores. Sabía recitar estrofas de los cánticos de Gerhardt. A Harsdörffer le respondió con graciosas palabras del *Jardincillo bucólico del Pegnitz*. Y cuando se sentó con Moscherosch y Lauremberg en el pequeño comedor —pues ninguno de los dos deseaba ir a la cama, sino trasnochar con cerveza, queso y pan hasta la mañana— supo contar con frases rápidas el contenido de algunos sueños del *Philander* de Moscherosch. Tan leída y tan adecuada para el encuentro de los poetas era la posadera Libuschka o «Coraje», como la llamó Gelnhausen, cuando, festejado como aposentador, se sentó con ellos más tarde.

También Simón Dach permaneció despierto. Echado en su habitación recapituló a quién había invitado por carta,

convencido en el camino, olvidado con o sin intención, incluido o rechazado de su lista por recomendación y quién no había llegado aún: su amigo Albert, para el que estaba dispuesta la segunda cama de la habitación.

Preocupaciones que disipaban el sueño o adormilaban: ¿vendría Schottel a pesar de todo? (El poeta de Wolfenbüttel no vendría, porque estaba invitado Buchner.) A Klaj le habían disculpado los de Nuremberg por enfermedad. ¡Qué desgracia si Rompler decidía venir! ¿Podría contarse con la presencia del príncipe Ludwig? (El cabeza de la «Orden Fructífera» se quedó, ofendido, en Köthen: Dach, que no era miembro de la «Orden de la Palma» y acentuaba su condición de burgués, le caía mal al príncipe.)

Qué bien que habían dejado noticia en la «Posada del Caballo Negro» de Oesede, diciendo dónde iban a reunirse con el mismo motivo —la lengua tan destrozada, y el deseo de estar cerca de la conferencia de la paz—. Allí deliberarían hasta que todo estuviera hablado, tanto sobre las dificultades y la fortuna de la poesía como de la miseria de la patria.

Faltarían Opitz y Fleming. ¿Sería posible mantener dentro de límites la teoría? ¿Y vendría algún que otro no invitado? Cavilando sobre esto y deseando la presencia física de su esposa Regina, Dach se sumió en el sueño.

## 3

O seguía escribiendo a su Regina, nacida Pohl y llamada por todas partes en el Kneiphof o por los estudiantes de la Academia, en el círculo de sus amigos, Albert, Blum, Roberthin e incluso por el mismo príncipe elector «la Pohla» o «la Pohla de Dach». Su carta, primero desesperanzada, luego divertida por las circunstancias de su hospedaje, y al final encomendando el curso del encuentro al consejo y a la bondad de Dios, debía informar en Königsberg, sin inquirir por el sentido profundo de los sucesos: de cómo y con qué brutalidad les habían echado los suecos de Oesede; de cómo Gelnhausen, al que llamaban Christoffel o Stoffel, había requisado cuatro carromatos, con caballos del parque de vehículos de los representantes protestantes; de cómo habían tomado, de noche y con luna creciente, el camino surcado de Münster, hacia Telgte, detrás de las antorchas de la Caballería Imperial y a salvo de tormentas que tronaban en la lejanía; de cómo, ya en camino, Moscherosch, Greflinger y Lauremberg habían empezado a beber aguardiente, a vociferar canciones soeces y a tomarle el pelo al siempre muy digno Gerhardt; de cómo Czepko y el viejo Weckherlin habían acudido, sin embargo, animosos en ayuda del sensible Gerhardt, de modo que el resto del camino, al menos en tres de los cuatro carros, transcurrió, con cánticos sagrados, entusiasmado incluso a los que estaban más borrachos el más reciente himno en estrofas de Gerhardt —«Ya descansan los bosques, el ganado, los hombres, las ciudades y los campos / duerme todo el universo...»—; y de cómo casi todos, hasta el orondo Gryphius a su lado, habían pasado del cantar al dormir, de modo que al llegar a la meta de su viaje el descarado embuste de Gelnhausen, que cargó a toda